

Mi poética: modo en el lenguaje y resistencia

 Fernando Cruz Kronfly

Wittgenstein cierra así el *Tractatus*: “De lo que no se puede hablar hay que callar”. Quizás valga esto para la filosofía del lenguaje. Sólo quizás. Pero, la escritura literaria se plantea en las antípodas, así: de aquello de lo que no se puede hablar, el deber del poeta es aullar.

Con ocasión del genocidio nazi, Adorno dijo algo análogo: después de Auschwitz no es posible escribir poesía. No ha sido cierto. Por el contrario, sólo la escritura literaria está en condiciones de dar cuenta tanto del horror humano como de lo sublime.

Aquí, el asunto de fondo vuelve a ser, pienso, el reto que a toda escritura literaria plantea “lo inefable”. Tema de Hofmannsthal y de otros que se declararon en estado de impotencia ante el caótico fluir de la vida. Sin embargo, respecto de “lo inefable” propongo otra mirada. Veamos:

El hecho de quedar en estado de abierto al mundo (Scheler) debido a la ruptura del anillo instintivo (Agamben), lanza al ser humano al vacío de “lo ente” en su conjunto (Heidegger). Estos, para empezar, son mis presupuestos. La irrupción del lenguaje, propongo, rescata al hombre de lo abisal y lo instala en un nuevo anillo de seguridad no natural: lenguaje y significación. Sin embargo, un no-mundo todavía, un no mundo aún no lingüísticamente configurado, queda siempre por fuera de la morada-anillo del lenguaje. ¿Debido a su incapacidad? No. Entiendo esto de otra manera.

El reto del poeta es crear ese otro no-mundo aún, no configurado todavía por el lenguaje. De este no-mundo ha de ocuparse la escritura literaria, para volverlo mundo. ¿Cómo? Mediante el modo del lenguaje creativo.

El modo del lenguaje es el corazón de la escritura literaria. Ésta, no es nunca una escritura cualquiera. Lo que hace literaria una escritura es el modo del lenguaje en su producir significado inesperado. Lo demás son los temas, interesantes o no, las técnicas, el uso de los tiempos, la estructura, en fin, los personajes. Sin embargo, cualquier escritura basura puede reunir con relativa facilidad estos segundos requisitos.

El reto de la escritura literaria es con-mover las fronteras del mundo lingüístico ya configurado. “Lo inefable” no proviene de la impotencia del lenguaje delante del complejo fluir de la vida. Proviene de su misma condición cerrada-abierta ante el mundo, inherente al lenguaje ya configurado. La cultura cierra el anillo de la significación

convencional de los significantes. Esto da tranquilidad y certeza al hablante. La escritura literaria rompe ese anillo de seguridad. Los significantes entran en zozobra ante la escritura literaria y se conmueven. Los significados van detrás de esta conmoción. Y, todo esto, gracias al modo del lenguaje cuando es creador.

Es hacia el adentro del lenguaje que se produce el refugiarse del hombre, una vez roto el anillo natural de su animalidad. Para así dejar apenas en suspenso, sólo en suspenso el animal que somos. Un niño que nace no es todavía “por sí mismo” un niño humano. El lenguaje lo obliga a dejar en suspenso su estado de pura naturaleza. Queda así el niño convertido, sin regreso, en cesura trágica. El lenguaje deja apenas en suspenso la animalidad que somos, no la resuelve. Somos y no somos.

Es esta suspensión de lo animal la que hace al hombre. Este ser y no ser. Y es aquí, en esta nueva morada del lenguaje como refugio, donde éste debe volverse formador de mundo (Heidegger). De su mundo, claro. Este mundo configurado ya no es natural. Es la cultura, nuestra segunda naturaleza (Lévi-Strauss). Y, dentro de la cultura, brota el lujo inquietante del lenguaje literario como especificidad.

El lenguaje es entonces cura de lo abierto al mundo. Es un cerrarse del hombre que se abraza a los significantes y significados definidos-configurados por los acuerdos sociales de la significación. A través del lenguaje convencional se navega vendado. Es hilo que cicatriza la cesura de lo abierto y permite la configuración de mundo con sentido. Y es ahí donde lo humano se viene a vivir.

Es deber de la poética violentar el lenguaje convencional. “Lo inefable” no deriva entonces de la impotencia del lenguaje, sino de su haberse convertido él en morada cerrada-abierta del hombre en el apenas suspenso del anillo natural. De tal manera que al cerrarse sobre sí, el mundo configurado por el lenguaje deja por fuera de su configuración aquel no-mundo susceptible de ser creado, sin embargo, en lo lingüístico configurable. Es hacia este aún-no-mundo no configurado que la escritura literaria debe dirigirse. Para traerlo, en lucha bravía, al mundo ya configurado lingüístico e insertarlo en él. Es la poética de la creación.

Este cerrarse sobre sí mismo del lenguaje no es, precisamente, su señal de impotencia, sino su condición esencial. El poeta debe ir, mediante el lenguaje conmovido y sacado de sus bases, en busca de ese aún-no-mundo, de ese mundo todavía no configurado que el lenguaje al uso deja fuera de él.

La escritura literaria es, precisamente, aquella que asume como su deber no callar, allí donde Wittgenstein sugiere callar. La escritura literaria es un combate que se propone investir de palabra el horror, lo sublime, lo invisible o lo imaginario como posibilidades humanas creativas. Y, todo, mediante el modo del lenguaje literario en su especificidad.

Mi vida de escritor ha consistido en aullar en los umbrales donde empieza “lo inefable”, entendido como aquel aún-no-mundo-configurado, aunque susceptible de ser traído a lo configurado literario mediante el modo del lenguaje que lo crea. Se trata de ir hasta la madriguera de lo aún no lenguaje, de lo aún nunca dicho. Es esto, pienso, lo que diferencia la escritura literaria fuerte de la simple escritura “correcta” de algunos escritores, sólo gramatical y políticamente correcta en su miseria poética. Tanto más, de la escritura atrapada en el marketing, que hace que se expendan como escritura literaria la basura de medianía al gusto del consumidor iletrado. Mi poética es, por tanto, también, acto de resistencia contra esta miseria de la literatura que se niega a sí misma para pasar a ser, desde su nacimiento, basura de reciclaje.

Santiago de Cali, Colombia, diciembre de 2014.